

12-20-2011

Princesas, un filme de Fernando León de Aranoa

Elvira Siurana

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>



Part of the [Bilingual, Multilingual, and Multicultural Education Commons](#), [Creative Writing Commons](#), [Critical and Cultural Studies Commons](#), and the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Siurana, Elvira. 2011. Princesas, un filme de Fernando León de Aranoa. *Revista Surco Sur*, Vol. 2: Iss. 4, 83-84.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.2.4.26>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol2/iss4/26>

This NUBES DE PLATA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in *Revista Surco Sur* by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Elvira Siurana

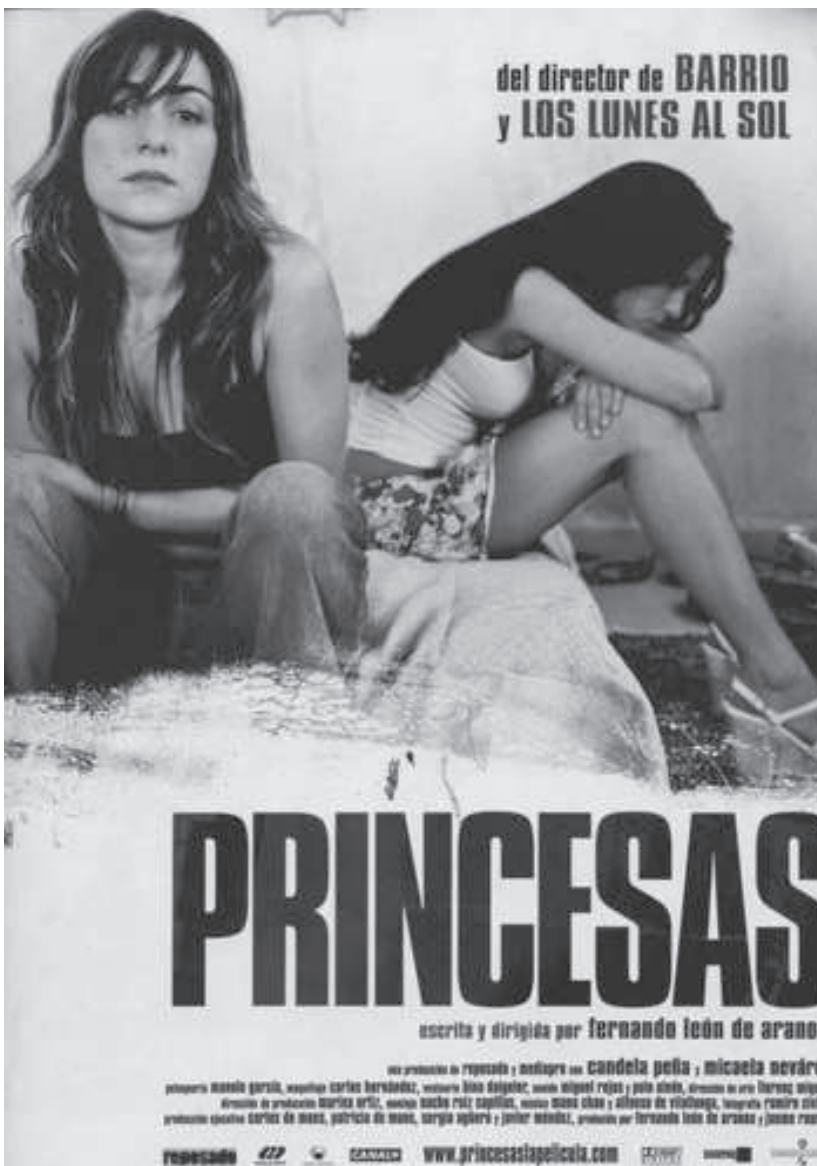
PRINCESAS

un filme de
Fernando León de Aranoa

NUBES DE PLATA

La película narra una historia de amistad entre dos mujeres que ejercen la prostitución callejera en Madrid. La española Caye (Candela Peña) y la inmigrante dominicana Zulema (Micaela Nevárez). En principio expone el conflicto xenófobo y racista que invade también el submundo en el que se mueven las mujeres prostituidas. El rechazo de las españolas frente a las recién llegadas que son más guapas y más necesitadas y que por ello rebajan precios y les hunden el mercado.

La película entra con más profundidad a analizar en primer lugar *la pobreza*, económica en el caso de Zulema y fundamentalmente estructural en la realidad de Caye. Seguidamente los matices del *racismo* basado más en la ignorancia que en una construcción ideológica y que aflora entre el grupo de prostitutas nacionales y que es muy representativo de la realidad popular española. Y en tercera instancia entra en el análisis de la mala gestión y política, esa sí, intencionalmente *xenófoba* del Estado, que en el



caso de España se erige como guardián de las fronteras europeas, en su función de cribar la calidad de la fuerza de trabajo que ese club de países ricos precisa.

Son importantes los retazos de realidad que la película muestra, las mujeres en el parque de “La Casa de Campo” que pasean cuasi desnudas en las noches, tanto de verano como de invierno, a la espera de que un “cliente” las escoja y las suba a su coche con destino incierto.

La miseria vital y el ambiente tenso e hipócrita en esa familia de Caye perteneciente a un sector de clase media baja, representativa de muchas realidades que se forjaron bajo la incultura que durante las cuatro décadas de dictadura fascista asolaron a los pueblos de España.

La frescura y vitalidad que sin embargo afloran, entre estas mujeres de vida trágica que comparten un reducto de intimidad en la peluquería que frecuentan y desde la que observan, cual atalaya, el desarrollo de la vida en esa calle a la que pertenecen. El escaparate de la peluquería que las separa y protege, donde recuperan su yo real frente a la despersonalización del objeto de consumo, del estereotipo que las vacía.

Resulta también conmovedora la visión sobre la actitud con que ambas se agarran a una realidad amorosa fragilísima que adornan con fantasía.

Zulema necesita constatar continuamente, mostrando y mirando la fotografía que guarda en la cartera, que tiene un hijo al que ama y cuya existencia y supervivencia justifican todas las dificultades y sinsabores que la realidad le depara. El analizarlo como un sacrificio realizado por una causa noble la dignifica frente a sí misma y le da coraje para seguir viviendo.

Caye no tiene un hijo al que querer, no quiere ni se siente querida por su familia. Necesita un príncipe azul y enviste al menos desagradable de sus clientes, Manuel, con los atributos de ese personaje ideal para poder enamorarse. La historia es más inconsistente incluso que la de Zulema y por supuesto se desvanece frente su irrealidad.

Solamente la amistad entre ellas les proporciona un refugio temporal donde relacionarse como iguales y donde ambas saben tácitamente que aunque abrigan sensibilidad de princesas, no son princesas y que el sueño es efímero y que incluso la propia vida está a punto de romperse.

A mí me parece que el director no se ha atrevido, no ha querido o no ha sabido ahondar en el drama específico de la prostitución. Ha abordado bien la marginalidad, el desamparo, la escisión emocional de las protagonistas. Ha denunciado claramente al abusador, el funcionario que se aprovecha y se comporta como un villano frente a la mujer necesitada, a la que desprecia por la situación en que se encuentra y por la función que desempeña y que es representativo y tristemente abundante.

Pero el meollo específico que origina esa desesperación, esa necesidad de fantasía, esa escisión que se abre como un abismo en sus personalidades no aflora.

Si bien es cierto que resulta un avance que de una vez no se mire a las mujeres que se prostituyen desde el interior y a través de la ventanilla del coche, sino que la mirada esté en ellas, que desnudas en el bosque miran inquietas a quienes las reclaman, los ojos y la cámara se apagan ahí.

El por qué es imposible soportar esa vida que implica la venta sistemática de la intimidad, la retención de las sensaciones y la inhibición de las emociones que desencadena el contacto sexual y el precio de ser usada en contra del propio placer para satisfacer anónimamente a

un usuario que actúa desde el desprecio —o cuanto menos desde la falta de aprecio— es el análisis en el que la película no entra.

El director recalca en varias entrevistas que en esta película el sexo es lo que menos importa, dice “he escuchado a alguna prostituta decir de su trabajo que con lo que menos tiene que ver es con el sexo” (1). Pues bien, eso es una mixtificación semejante a la de ver en Manuel un príncipe azul o el magnificar una foto. En la prostitución todo tiene que ver con el sexo. La sensibilidad y la insensibilidad, el machismo, el racismo, el clasismo, y la relación de poder se consuman en una relación sexual abusiva.

Y a consecuencia de ello acontece todo lo demás. Al analizar las consecuencias evitando el detonante del problema, presenta una visión que a pesar de todo lo sensible y comprensiva que es, resulta edulcorada.

Caer en el negocio de la prostitución es un drama sin retorno y de consecuencias fatales y si eso se entiende y admite respecto a la dependencia de la droga —aparece en la peluquería la joven drogadicta a quien percibimos como desahuciada—, no se ve con la misma intensidad el infierno que supone la enajenación del propio cuerpo.

Por eso la película no presenta un final, no se sabe qué va a suceder con Caye y Zulema, qué pasará con sus vidas... Quizás resulta incómodo mirar la realidad y percibir su crudeza y extraer conclusiones que implican una toma de postura. Esa mirada afectuosa que quiere mostrarnos que “no son solo víctimas, sino dos mujeres que piensan, aman, sufren o disfrutan por cuenta propia” (2) ¡por supuesto!, puede ser un primer paso bien intencionado pero no deja de ser paternalista y complaciente.

Concluyendo, esta película nos acerca a un retazo de la vida de dos mujeres con las circunstancias descritas, con maestría cinematográfica, buena intención y afecto por los personajes, pero falla su objetivo: no es, como la anuncian, una película sobre la prostitución.

Citas:

- 1.- CHC. comohacercine.com. septiembre 1, 2005.
- 2.- Montes, Armando. *Revista Iniciativa Socialista*, 77, otoño 2005.

